

Tema de reflexión

A propósito del relajo

Manuel Quijano Narezo

El relajo, esa forma de burla colectiva, reiterada y escandalosa, que se da esporádicamente en nuestra sociedad, parece una frivolidad y no debía tratarse aquí, pero la imaginación permite agregar que no hay nada falto de significación y todo puede ser tratado. La condición humana se manifiesta por la burla o la risa —entre otras formas de conciencia— y puede ser que, si son rasgos esenciales aunque esporádicos, penetren más profundamente y con espontaneidad que otras que parecen más respetables, como la política o el arte.

El espíritu de un pueblo se manifiesta por formas y estilos que es una libertad que marcha hacia su liberación. Los hombres de todas las generaciones, tienden en muchos momentos a la chocarrería. El Dr. Jorge Portilla, doctor en Filosofía, muerto hace cuarenta años, creyó que valía la pena abordar el asunto, no tanto por una farisaica voluntad de prevenir a los jóvenes contra la seriedad, sino por el deseo de comprender un tema vivo, que es, o puede ser, una característica primordial de nuestro ser, y tratarlo desde el punto filosófico. El carácter nacional es accesible al filósofo desde una atmósfera inaprensible directamente, igual que una novela o un tratado de derecho civil, pero por ello mismo, importante. Hace algunos años, un grupo de sus ex-amigos se propuso reunir parte de lo pensado por él y logró republicar un breve ensayo junto con otros testimonios de su talento y de su agudeza al observar la conducta de sus compatriotas. El relajo es un comportamiento y no hay acto humano que sea insignificante.

La significación del relajo es romper con la seriedad, y no simplemente reír o provocar la risa y, aunque tiene cierta relación con la comicidad, no es lo cómico pues hay situaciones cómicas que no tienen que ver con el relajo. Y la seriedad es un valor, es un compromiso íntimo conmigo mismo que le da valor a la existencia. El sentido del relajo es cancelar la respuesta normal al valor ético de la seriedad y consta de tres partes: un desplazamiento de la atención; una desolidarización del valor y finalmente una invitación para que otros participen. El relajo puede manifestarse en los actos más diversos, desde un gesto, hasta posiciones coherentes, pasando por palabras, actitudes corporales, gritos, ruidos, etc. Para hacer mella en el mundo circundante. El relajo sólo puede presentarse en una comunidad, es comunicativo y es alusivo a otros, pues es impensable en la soledad.

Además, el relajo es reiterativo y eso es una condición activa. Un chiste que interrumpe a un orador no es relajo, pero si se repite hasta que se apodere del grupo un vértigo de complicidad, entonces sí; basta que haya una comunidad de no comunicantes, como fondo negativo, que vuelve inútil la actividad del valor.

La solidaridad de otros con mi no-solidaridad crea una atmósfera en que el valor es definitivamente frustrado. Aunque el estrépito no sea esencial, es tan común que se interpone como una barrera entre el valor y las conciencias. La algarabía una vez iniciada impide que vuelva el silencio y junto con la reiteración y lo accidental del estrépito creciente, hacen comprensible la esencia del relajo.

El relajo puede definirse, en resumen, como la suspensión de la seriedad frente a otro valor propuesto por un grupo de personas, a instancias de alguien que, mediante actos reiterados expresa su rechazo a la conducta sugerida por el valor. Es, en última instancia, un estado de cosas producido por un sujeto que ha realizado su propósito de imposibilitar actos que, sin más aclaración, hemos llamado suspensivos de la seriedad. La definición propuesta da como resultado una serie de actos espontáneos, anteriores a toda reflexión, porque aun en el caso de haber mediado un acto reflexivo y que la conducta sea deliberada, en el instante mismo de ser puesta en obra, abandona por completo su actitud reflexiva.

Relajo, burla, sarcasmo, choteo

El relajo es una conducta, compuesta de actos con significación. Hay acciones psíquicas como dudar, meditar, hacer una hipótesis que se distinguen de otras que tienen acción como tocar el piano aserrar madera o conducir un auto. El relajo es una vivencia, sino la provocación de un estado de cosas. La acción puede consistir en pronunciar palabras, o la ejecución por varias personas, de situaciones aisladas pero orientadas a la neutralización del valor.

La burla y su instrumento, el chiste forman parte del relajo. Hay sin embargo, una forma de burla que no forma parte del relajo, aunque sea muy parecido, el sarcasmo.

El choteo es reiterado pero su intención es diferente y acaba neutralizando personas o situaciones; además debe ser ingenioso, por lo que no es muy frecuente.

Sólo es posible el relajo cuando el valor parece encarnado en un depositario, una persona, una situación. Es autodes- tructivo, pero se niega tomar algo en serio, a comprometerse; es un testigo bien-humorado de la banalidad de la vida. Se encuentra, en general acompañado de risa. La comicidad acom- paña pero no es esencial al relajo y éste en una destrucción del valor, sino una degradación. El relajo es una posibilidad de libertad, pues en la conciencia hay siempre esa posibili- dad.

Finalmente termina Portilla por referirse al “apretado” que, en México, designa a un hombre de espíritu serio, una especie de “snob”, carente de sentido del humor, que se tiene asimismo por valioso, sin contemplaciones y sin repa- ros, de buen gusto, que tiene inteligencia y es un funciona- rio capaz, y orgulloso de sus bienes. Es el contrario del rela- jiento, cuyo valor es apreciado fácilmente por los demás, bajo cuyas miradas admiradoras y entusiastas actúa... Es distinguido y exclusivo (pues excluye a los otros) y, se con- vierte al mismo tiempo, en esclavo de los demás; ama más el orden que la libertad y cuando encuentra otro que no se postra ante él lo llama “alzado”. En efecto, el fundamento de una comunidad, que es la convivencia, se autoconstruye y no niega la trascendencia del valor, autoapropiándose, coincide con el relajiento en que impide la integración de la sociedad al estorbar la aparición del valor. Relajientos y apretados son los dos polos de disolución en la tarea en que estamos todos embarcados: la constitución de una auténtica comunidad y no de una sociedad escindida en propietarios y desposeídos.

Dice Saint-Exupéry que la verdad es gustar de las relacio- nes humanas, lo que revela un punto primordial de la sabidu- ría del gran moralista. Puede ocurrir que las ideas morales más universales, éstas que parecen lejanas y vacías como “servicio a la comunidad”, “generosidad” o “amor al ser hu- mano”, nos sorprenden porque las encontramos en una per- sona cercana y adquieren calor personal y dejan de ser ideas para convertirse en experiencias. Experiencia rara, ciertamen- te, pero no por ello menos valiosa. Cuenta Portilla que un amigo le preguntó para qué sirve la filosofía y dice que esa pregunta pudieron contestarla los místicos españoles Santa Teresa o San Juan de la Cruz, o Ghandi, pues toda su obra estuvo fundada en la elementalidad filosófica.

Sartre pide que se comprenda la ideología del otro lado de la cortina de hierro y si se hace un examen cuidadoso y de buena fe significa que tendremos que comprenderla; no sólo

como explicación de la economía para el desarrollo histórico sino como antropología filosófica, como fundamental. La fi- losofía ha dejado de ser una función totalizadora de la cultu- ra. Y sólo el diálogo universal puede resucitar la universali- dad de la cultura. El fetichismo de la mercancía y el dinero se han convertido en dioses del mundo capitalista, pues con- vierten todo en mercancía, inclusive la persona humana, con toda su dignidad. Las burguesías nacionales, discípulas de las imperiales, no necesitan ni libertad ni crítica; sus decisio- nes no necesitan apoyo intelectual.

El individualismo, uno de los pocos prejuicios que ha introducido en el mundo, cierto tipo de intelectual, es la creencia de que la verdad sólo puede expresarse de manera complicada. La sencillez está desacreditada; el intelectual quiere parecer profundo y no tiene otro recurso que la oscu- ridad y la confusión; Goethe, que pudiera ser considerado como un modelo, como el logro humano más alto de los tiempos, predicaba la sencillez para explicar lo más abstru- so. Ya no estamos en el tiempo de la personalidad sino de la “verdad”. Lo que nos interesa es lo que se expresa y no quién lo expresa.

El hombre libre empieza por no referirlo todo a sus glán- dulas de secreción interna, sino que su mirada e interés se extienden mucho más allá de sus deseos naturales. Si veo de pasada una mujer hermosa y graciosa, puedo tomar una de dos actitudes; o bien la dejo pasar libremente como un mila- gro de la naturaleza, o bien la inserto como un punto más en la corriente de mi deseo. Hay más energía vital en un pensa- miento que en una eyaculación... y la capacidad de trabajo de un ser está, asimismo, más en relación con su capacidad de cultivo del espíritu. No sabemos qué es la cultura occi- dental; sólo sabemos que hay que defenderla. Conclusión alarmante que nos invita a abandonar de inmediato toda reflexión sobre la cultura occidental, e incluso toda reflexión sobre la cultura, y terminaremos abandonando toda reflexión.

Es cómico todo incidente y todo proceder que desplazan nuestra atención de un valor a un no-valor, o de un valor intrínseco a un valor instrumental. La pérdida de un valor entraña dolor; y mientras más importante el valor perdido, mayor será el dolor. En la actualidad, los rápidos avances de la tecnología así como los apresurados cambios de la socie- dad humana, dan lugar a una temprana obsolescencia de productos, servicios, mercados, deseos y necesidades. La nueva era su revolucionaria, no evolucionaria, y requiere de nuevos conceptos y de una nueva manera de pensamiento.